
LIBROS

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN: *MORIR EN EL GOLFO*

(México: Cal y Arena, 1984), 245 págs.

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN: *LA GUERRA DE GALIO*

(México: Alfaguara, 1994), 549 págs.

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN: *HISTORIAS CONVERSADAS*

(México: Cal y Arena, 1992) 211 págs.

MÉXICO Y EL TESTIGO INSOMNE

Jaime Valdivieso

No hay mejor preparación para un futuro narrador que una determinada formación en un conocimiento ajeno a lo estrictamente literario. Sabidos son los casos de Tolstoy y de Proust que, antes de escribir sus grandes obras, indagaron, probablemente en forma inconsciente, en la naturaleza el primero y en los misterios del arte el segundo. En *Infancia y adolescencia* de Tolstoy, vemos ya al notable observador de la realidad, al pintor de los paisajes de Rusia y al prematuro investigador del alma que se hará manifiesto en *Ana Kareninna*, *La muerte de Ivan Ilich* o *La guerra y la paz*. Lo mismo sucede luego con Proust y su novela *Jean Santeul*, especie de borrador y ensayo de lo que será su magna serie *En busca del tiempo perdido*.

JAIME VALDIVIESO B. Profesor de Literatura Hispanoamericana. Es autor de libros de poemas, cuentos, novelas y ensayos. Vivió parte de su exilio en México y sus libros han aparecido en Venezuela, España, México y Chile. Este artículo pertenece a un próximo libro, *El círculo y el pez*, ensayos sobre poesía y narrativa latinoamericana.

Estudios Públicos, 63 (invierno 1996).

En Latinoamérica, es el caso de Alejo Carpentier antes de iniciar su ciclo novelístico con *El reino de este mundo*, y luego continuado en sus grandes narraciones como *Los pasos perdidos* y *El siglo de las luces*. En este sentido, son reveladores sus artículos de crónicas de arte durante sus años en París. Allí se refleja su fina sensibilidad hacia todas las formas artísticas de la vanguardia y su enorme capacidad para establecer relaciones significativas entre distintas disciplinas. Leyendo esas crónicas, entendemos mejor su erudición estético-cultural, su vocación americanista y su gusto por el decorado barroco que envuelve su obra. Igualmente, Miguel Ángel Asturias fue un temprano conocedor de la cultura maya antes de escribir el *Papa verde* y *Hombres de maíz*.

Caso semejante a los anteriores es el del novelista y cuentista Héctor Aguilar Camín, quien había hecho una brillante carrera como historiador, publicando libros relacionados con la historia de México y con su revolución, tales como *La frontera nómada*, *Los sonorenses* y *la Revolución Mexicana* y *Saldos de la revolución*. Entonces, no es de extrañar la preparación y el conocimiento de la realidad mexicana que muestran sus narraciones *Morir en el golfo*, *La guerra de Galio*, o los cuentos de *Historias conversadas*. En sus novelas, no sólo vemos su conocimiento específico del pasado mediato e inmediato de México, sino el haber vivido la realidad concreta de ese país en muchos aspectos, su geografía, su complejidad social, el estilo de vida refinado y popular de sus principales ciudades, las minucias de la vida en los pueblos, su afición a la música popular de México y América Latina: boleros, corridos, la música salsa, etc.

Indudablemente que lo anterior no es válido por sí sólo; se necesita, además, tener la vocación artesanal del arte de la narración, con el objeto de transformar luego esos conocimientos en un mundo imaginario, que nada tiene que ver con los artículos, los libros de historia o la narración testimonial de la infancia. Pero sirve para operar en un campo perfectamente iluminado, donde se conocen no sólo sus piedras sino sus malezas y su flora a ras de la tierra, “la perfección de la experiencia como para describirla en la punta de un alfiler”, decía William Faulkner.

Habitualmente se cree que el arte de la novela está relacionado con una obra que es capaz de enajenarnos por el solo encantamiento de su mundo imaginario. Mientras más irreal, más alejada de lo concreto, más creación puramente verbal, mayor poder hechizante tendrá la novela. Pero no es así. A menudo la novela más realista es capaz de subyugarnos como la más fantástica. De ambas maneras, el escritor puede encantarnos o desquiciarnos; sólo debe atraparnos en el territorio elegido, cualquiera sea el régimen de su arbitrariedad.

Morir en el golfo

En el caso de *Morir en el golfo*, su primera novela, Aguilar Camín ha adoptado un punto de vista más tradicional y modesto: un narrador periodista que entrelaza un episodio emocional de su vida, su amor por Anabela, esposa de su amigo y político y belleza estudiantil que lo atrajo desde sus tiempos de universidad, con un período de la historia de México, el gobierno de José López Portillo y el *boom* del petróleo.

Este marco espacial y temporal le sirve a Aguilar Camín para penetrar en la madeja espiritual y moral de sus caracteres, y en los engranajes más profundos e intrincados de los mecanismos sindicales y de la política mexicana. Pero así dicho, sería una simple crónica. Y no lo es; el autor, con un lenguaje directo, despojado de toda retórica, pero de enorme efectividad narrativa, nos atrapa desde las primeras páginas por el especial manejo de los personajes que quedan siempre suspendidos entre claroscuros y como al acecho de un comportamiento inesperado. Así ocurre con el personaje Anabela, mujer fuerte, desinhibida, descocada, de incitante animalidad, y las figuras no menos atractivas y patéticas de Francisco Rojano, su amigo y ganador en el afecto de Anabela desde los tiempos de la universidad y luego asesinado. O el personaje envolvente, compasivo y a la vez despiadado del jefe sindical del petróleo en Tampico, Lázaro Pizarro, que no es otro que la figura traspuesta, en esos días, de la Quina, actualmente cumpliendo una condena en la cárcel.

La literatura mexicana ha logrado cuadros de enorme riqueza espiritual, dramaticidad y realización artística desde *Los de abajo*, de Mariano Azuela, *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, *Pedro Páramo*, de Rulfo, *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, novelas ligadas al fenómeno de la revolución que abren grandes espacios al entendimiento de la cultura y del alma de ese pueblo. Pero hay otras no menos importantes, como *Recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, *Arráncame la vida*, de Ángeles Mastretta, y las obras enraizadas en lo mejor de la tradición como las de Arturo Azuela, Sergio Pitlor y Fernando del Paso.

A esta lista se agrega ahora, con distinto diapasón y estrategia narrativa, *Morir en el golfo*, que consideramos, como el resto de la obra de Aguilar Camín, una nueva contribución en el amplio espectro de la realidad y la cultura de México, de ese complejísimo, estremecedor y esquivo mundo que, todos los que hemos vivido allí, sólo vislumbramos, pero nunca logramos penetrar. Mestizaje de indios y españoles con miles de kilómetros de frontera con el mayor imperio de nuestra época, que les ha arrebatado la mitad del territorio. Civilización que en plena modernidad conserva encla-

ves primitivos y bárbaros. Mundo brutal, afable, sofisticado y corrupto, que a la vez guarda una profunda compasión por la justicia y los desamparados.

Todo esto lo refleja la novela de Aguilar Camín, estudio antropológico y social encarnado en una ficción de gran suspenso, no ajena a las mejores técnicas de la novela negra.

Pero, por sobre todo, una novela sobre el poder y el amor: dos pasiones que limitan constantemente con la muerte. Pues el erotismo es también una forma de violencia. Somos animales de presa, como lo vio Teillard de Chardin, y, tanto para el hombre como para la mujer, el opuesto es una presa que hay que inmovilizar y violar, aunque no sea más que en forma simbólica. Pero también una forma de poder, como la política: eros, política y poder se entrelazan orgánicamente en esta novela en un solo ritmo respiratorio.

Tal vez ambos aspectos resuman al hombre y la cultura, ya que el poder tiene que ver con la identidad, y todo hombre, si no quiere morir de inanición espiritual, debe tener o creer que tiene una parcela, aunque mínima, de poder.

El personaje que mejor representa este ascenso en la escala del poder, es el jefe sindical Lázaro Pizarro. Un hombre que viene de la miseria, de la indefensión y del dolor, y que a puros huevos escala a las zonas más altas en el dominio sobre los hombres, y en la sabiduría que para mantenerlo debe desplegar diariamente. La vida, la lucha, el contacto con la muerte lo habían transformado en un filósofo natural, en un astro del poder y la estrategia en el conocimiento de los hombres y de la historia:

—Trate de entender —dijo con voz apenas audible—. Oiga lo que le estoy diciendo. Ahí se mueren dos gentes por día, a cuenta no más del mezcal. ¿No le ha tocado entrar a una cárcel de la región? Yo estuve en la de Chicontepec la semana pasada. Uno de los presos había matado a su madre. Otro a su amigo de parranda. Otro había violado a su hija y la había medio matado a golpes. Ninguno se acordaba de lo que había hecho. Fueron todas muertes y sufrimientos inútiles. No dieron frutos, no brotaron, no abonaron el bienestar de otros. Esas son las muertes que hay que combatir, las muertes estériles, las del mezcal y la ignorancia. Muertes violentas ha de haber siempre, porque es la ley de la historia. Volverlas muertes fértiles, muertes creadoras, es lo que nos toca a nosotros. Nada más.

Las palabras de Lázaro Pizarro no son sólo las del poder en Tampico, sino el símbolo de los mecanismos del poder en México, y de la sutil estructura y bien aceitada maquinaria que es el PRI (Partido Revolucionario Institucional).

Nada podemos ni tenemos derecho a decir nosotros desde fuera, pero creemos que la Revolución Mexicana, tal como se nos presenta en esta novela, es la creación de una cultura y una ideología donde la corrupción está íntimamente ligada a la reivindicación y a un deseo, aunque distorsionado, por la justicia y la identidad mexicana. E igualmente, el instrumento más adecuado, durante un período al menos, para manejar las difíciles relaciones con Estados Unidos y su conocida voracidad territorial y de dominio económico. Observando al periodista que investiga ciertos dudosos crímenes y que va a entrevistar a Pizarro y lo sigue en sus tareas, viéndolo cómo resuelve problemas públicos y privados en horas de la mañana, nos recuerda testimonios, dentro de un contexto, naturalmente muy diferente, de Fidel Castro en un día de trabajo. El mismo deseo de justicia, la misma pasión por sacar el país del subdesarrollo, a los obreros de la ignorancia y la miseria, aunque los resultados no siempre hayan sido positivos, como en el caso de los mejores presidentes de México. Es sabido, por lo demás, el conocimiento que Fidel Castro tiene de la Revolución Mexicana y sus líderes.

La muerte de Lázaro Pizarro, supuestamente debido a un cáncer, pero cuyas verdaderas causas el autor deja sabiamente en la duda, nos entrega una figura conmovedora (tal vez una de las más inolvidables de la literatura latinoamericana): un hombre determinado por un destino trágico, que convivía diariamente con la violencia y la muerte, una vida de origen humilde que llega al poder, como ocurre en ese país, empujado por una misión y por un afán de reivindicación con las únicas armas posible y hasta ahora, insustituibles: las que ha heredado de la Revolución y de su institución política, el PRI.

El trasfondo político y cultural del libro con escenas en pequeños pueblos, sus costumbres, sus olores, su colorido, la atmósfera agobiante de calor, la fuerza de los instintos del poder y del amor, se ha organizado dentro de una crónica fechada que, sin embargo, por el tratamiento del tiempo, del suspenso, hacen que nos quedemos pegados a esa sustancia, a ese magma morbosos de erotismo, de poder y de muerte.

La guerra de Galio

Esta segunda novela del escritor mexicano, Héctor Aguilar Camín, nos muestra desde otro punto de vista problemas semejantes a los de su primera, *Morir en el golfo*: la corrupción, el poder, el amor y la violencia. Menos intensa que aquélla, pero superiormente armada, se inserta en la

tradición del novelista que se esconde, que se enmascara y construye un mundo imaginario a partir de un narrador igualmente imaginario, tal como lo inició Cervantes en *El Quijote*. (Carlos Fuentes, en su crítica al libro, cita a un autor italoamericano, quien estudia esta modalidad llamada “Poetics of Disguise”).

Vuelve a aparecer su atracción por el pasado. El narrador de esta novela es un profesor de historia, quien reconstruirá el relato a partir de la notas que ha dejado Vigil, periodista e investigador de la historia de México y principal personaje de la obra. No es éste un dato meramente adjetivo, ya que la grandeza de la novela, tal vez la mejor obra de los últimos veinte y cinco años escrita en México, reside precisamente en su complejísima armazón, que le permite al autor variar constantemente de perspectiva e introducir notas y observaciones, memorando, y sobre todo desplegar ideas sobre el pasado y presente de México, lo que la transforman, tal como la anterior, en una obra en que la tesis (la transición a la modernidad sólo es posible si es dirigida por el Estado, y la clausura de todo intento insurgente) aparece explicitada en los acontecimientos y en la opinión de alguno de los personajes.

No cabe duda de que el título *La guerra de Galio* es una variación de las *Guerra de las Galias*, de Julio César, guerra cuya culminación es a la vez el nacimiento de la civilización y la idea del Estado europeo. México es un país bárbaro que hay que desbistar, misión que, con todos sus defectos, arbitrariedades y corrupciones, es el Estado el que la debe realizar. Es éste el único destinado y capaz de construir un país moderno y civilizado. Las guerrillas de los años setenta con su líder gurrerense Lucio Cabañas, a través de los personajes Santollo y Paloma Samperio y del diario “La República”, que decide su defensa en contra del poder del presidente y del Estado, constituye el núcleo principal de la novela junto con los diversos personajes que toman partido por uno u otro bando, entre los cuales se hallan el historiador y periodista Carlos Vigil, su amigo el director del periódico, Salas, el sagaz, lúcido, culto y mefistofélico Galio, y las mujeres de Vigil, que se traslada sibilamente de una a otra cama en una especie de frenética catarsis sexual que calma su turbulencia y permanentes dudas interiores. Galio, como representante del poder del Estado y de los sótanos donde se mueve la violencia, la droga, el travestismo y la locura, extrapola la misión de Julio César y su triunfo en la guerra de las Galias como iniciadora de la civilización. Galio explica a Vigil, en una de sus frecuentes y punzantes conversaciones, su idea de los sótanos y de los basamentos del funcionamiento de la sociedad contemporánea: los sótanos vienen a ser el espacio mítico del descenso a las entrañas del infierno y la corrupción:

—Escúcheme lo que voy a decirle, historiador —dijo Galio, con una fijeza alcohólica que empezaba a desmentir a grandes trancos su fragancia inicial—. La civilización nos ha apartado del origen de nuestras pulsiones. Ha fragmentado nuestra experiencia, ha pulido nuestros modales y segregado de nuestra vista las cuestiones centrales: el amor, la violencia, la muerte. Hemos construido cuartos privados para los amantes, lugares secretos para morir y hemos echado un velo institucional sobre el origen de nuestra paz, que no es otro que la violencia ejercida contra los que la ponen en peligro: los locos, los criminales, los disidentes. ¿Dónde se administran esas segregaciones? En los sótanos. ¿Me comprende usted? Vea esa hilera de señoras que van al supermercado y ponen en sus carritos chuletas, costillas, filetes. ¿Cuántas podrían soportar el olor a sangre fresca de los rastros donde se preparan esas carnes?

Compleja y seductora novela de personajes. Insistimos en esto, ya que en ella aparecen definidos y perfectamente redondeados arquetipos gracias a la eficacia y lucidez de los diálogos. Novela de lo público, de la épica citadina y a la vez de lo más privado (la privacidad del mundo de Vigil, sus mujeres y su hija), la narración se mueve en forma pendular entre el mundo del poder, la violencia y el erotismo: Eros y Tanatos, polos en que parece moverse igualmente el destino de México, o como la diosa Quatli-que, que vive de los desperdicios que devora y cuyo alimento es la muerte que se vuelve vida.

A través de sus cerca de 500 páginas, la novela no pierde nunca su intensidad, su aliento sofocante y dramático de vida. Vigil de la mano de Galio desciende a los infiernos, es decir, a los sótanos de la corrupción y la vileza, que son además el lugar que permite el funcionamiento de una sociedad y de la vida. Toda esta perfecta y lubricada maquinaria social que es México, su presidente intocable como un friso de Moctezuma, se ve desmontada y puesta al revés igual que un guante que mostrara sus costuras, su parte obscena, su lubricidad animal, que alcanza a la furia erótica simbolizada por Mercedes Biedma y el propio Vigil, quien es contaminado por los mismos poderes de vida y destrucción que asedian a México.

Aguilar Camín pone en marcha aquí todo su conocimiento de la historia, pero a la vez su propio conocimiento vivido de la realidad de su país; no sólo el saber teórico, sino el que viene de la experiencia, de poner el oído, la vista y la nariz allí donde la sociedad y la existencia humana, del hombre y la mujer, segregan sus ácidos, trabajan sus glándulas, generan su vida y su putrefacción. En esto le ayudan sus lecturas de Thomas Mann, su hondo conocimiento de la carne, del cuerpo, de la vida que se erosiona diariamente, y también de Borges, su ascetismo verbal e intelectual, el aire sulfuroso e irónico de su pensamiento.

Novelas como éstas no se producen todos los años; son el producto de una larga elaboración interior. Sólo comprendemos que este narrador no sea más conocido por la ausencia de premios y de promoción literaria a escala internacional. Pensamos que *Morir en el golfo*, en su momento, debió haber repercutido como *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa, o como *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. La mezcla de crónica y ficción de su narrativa, la dosificación de los componentes más atrayentes de la violencia social y el erotismo, de la prosecución de una búsqueda de lo que es el México profundo, convierten a sus obras, además, en un documento único para conocer la realidad de ese país, muy superior a cualquier ensayo o estudio teórico. Su habilidad para describir los coqueteos y la vanidad femenina de una niña de doce años, junto con la cálida comprensión de los efectos del miedo y la tortura en una joven guerrillera, unida a la locuacidad y al poder dialéctico de un Salas o de un Galio, quienes definden concepciones históricas y sociales de interés general en medio del clima de violencia gangsteril de las fuerzas policiales, hacen de ésta una obra mayor de nuestra literatura hispanoamericana, ante la cual el propio Carlos Fuentes, lúcido escritor y crítico, ha tocado uno de los solos de clarín más altos.

Al final muere Carlos Vigil, el historiador joven y periodista más inteligente de su generación, según su maestro y biógrafo; muere de vida, de locura, de desquiciamiento, de amor, en una mueca irónica y absurda del destino de los mexicanos y de los que han probado sus zumos, como Malcolm Lowry: de un tiro súbito y azaroso, gatillado por la fatalidad. Muere como Mercedes Biedma, de su furor por la vida y su atracción por la muerte.

Es el destino que su autor pareciera querer evitar para México en un último llamado de silencioso dolor a los lectores.

Historias conversadas

No es fácil pasar impunemente de la novela al cuento. Se trata de un género abierto a todos los géneros, *versus* una cápsula verbal que debe concentrarse en un sólo objetivo de interés. En estos cuentos, Aguilar Camín ha sido fiel a su mundo imaginario: trasponer la realidad real, testimonial, a un plano de ficción, pero sin dejar de ser o apuntar permanentemente hacia el testimonio, hacia la realidad de cada día. De manera que, en estas *Historias conversadas*, sin pretender crear un mundo de pura ficción por el constante guiño que le hace a la realidad, nos atrapa igualmente en su madeja anecdótica como si fuera un mundo de pura ficción, sin relación inmediata o reconocible.

La mayor parte son historias de su tierra natal, tradiciones que se cuentan en la familia Camín en Chetumal, estado de Quintana Roo. El autor no rehúye, como se ve, la referencia a su familia y a historias de la tradición de su pueblo, o bien, en otros casos, a personajes que tienen que ver con México, con sus escritores, como el cuento en que se narra un pasaje de la vida del conocido escritor José Revueltas y los días en que estuvo escondido luego de los acontecimientos del 68. Bella, generosa, estremecedora historia de un hombre que se jugó entero por una idea, diríamos un mártir del comunismo, pero a la vez uno de los grandes narradores de México. Éste es un buen ejemplo del carácter bifronte, centáurico de los cuentos, en los que andamos permanentemente oscilando entre la historia y la ficción y disfrutando a la vez del encanto y la ambigüedad de los dos niveles:

Antes de que lo tomaran preso en 1968, el escritor José Revueltas vivió dos meses clandestino en la casa de Arturo Cantú, a unos pasos de la glorieta Mariscal Sucre, en la ciudad de México.

Así comienza esta historia con una personaje real, José Revueltas, y un lugar identificable de la ciudad de México, la glorieta Mariscal Sucre. Estamos, por lo tanto, ante la realidad real, pero al poco de andar, la historia, gracias a la magia del verbo y de la imaginación literaria, nos lleva a una historia general, a algo que le sucede y le puede suceder a cualquier hombre. Y aquí ya estamos en el terreno del arte literario, de la ficción, pues ya no importan los datos sino el imaginario que va creando la anécdota y que nos envuelve y embriaga como la más fantástica historia imaginaria.

Esta misma técnica y estrategia la emplea en los otros cuentos, en el primer cuento, donde nos ubica de golpe y porrazo frente a la realidad histórica: Chetumal, una familia, una conversación de sobremesa:

—Todo lo que sucede es para bien —dijo doña Emma a los postres, consolando una desgracia menor de la familia—. Incluso en la peor cosa hay algo bueno. Recuerdo al médico Miranda de Chetumal que había perdido el oído derecho y entonces se acostaba a dormir sobre el lado izquierdo para que nada lo despertara en la noche. Decía: “Para algo habría de servirme el oído que perdí”.

Tal vez todo gran escritor, consciente o inconscientemente, así como los sistemas filosóficos, crea un mundo particular, intransferible, orgánico, sostenido en sí mismo, campo de batalla donde opera con perfecta seguridad y soltura. No todos lo encuentran. Pero los grandes sí, con lo cual no sólo crean un mundo propio, sino un lenguaje, una manera, un espíritu. Y

esto es lo que ha sabido crear Aguilar Camín en sus novelas y sus cuentos: ficciones en que la realidad se inmiscuye constantemente, historias reales donde la crónica se vuelve imaginaria, pero que son a la vez el mejor documento anímico, social y cultural de México, es decir, el mejor testimonio y crónica para conocer en profundidad la complejísima madeja moral e histórica de ese pueblo. □